



## ARTICULOS

# METODOLOGIA DE LA GRAMATICA GENERATIVA

JULIAN VELARDE LOMBRANA

Oviedo



La Gramática Generativa, en cuanto teoría lingüística, parte de presupuestos gnoseológicos muy concretos y ejercita una metodología en oposición a la del estructuralismo saussureano. Mas esta posición no reside, a nuestro entender, allí donde el mismo Chomsky y otros varios teóricos de la ciencia la sitúan. Nuestro propósito es precisar dicha oposición con ayuda del material conceptual extraído de la teoría del «Cierre categorial» (1).

1. La Gramática Generativa, en cuanto teoría lingüística, supone, según Chomsky, un corte radical con las teorías del lenguaje anteriores a él. Todo ese conglomerado prechomskiano queda dividido en dos partes:

(a) La *GRAMATICA TRADICIONAL*. Bajo este rótulo entra todo aquello que tenga algo que ver con el lenguaje hasta Saussure. En este saco entran: la filosofía del lenguaje, las diversas teorías gramaticales de los antiguos (Platón, Aristóteles, Sofistas, Estoicos), las teorías gramaticales de la Edad Media y principalmente la teoría de los gramáticos de Port-Royal, que siguen preferentemente la teoría aristotélica y a los que Chomsky hace seguidores de Descartes, Leibniz, etc., como referencia homogénea para sus citas de «gramática tradicional».

(b) La *TEORIA LINGÜISTICA MODERNA*. En este saco entran tanto Saussure como Harris, Hjelmslev, Pike, etc. Esta es la Lingüística «taxonómica» y «meramente descriptiva», que sólo proporciona métodos de descubrimiento, pero no teorías auténticas; se reduce a la pura taxonomía y a la descripción de los datos de un *corpus*.

(1) Teoría elaborada por Gustavo Bueno. La doctrina principal se expone en *Estatuto gnoseológico de las ciencias humanas*, 4 vols., de próxima aparición. Desarrollos parciales en *El Basilisco* passim.

Estas dos direcciones en la teoría del lenguaje vienen originadas, a entender de Chomsky, por dos extendidas corrientes contrapuestas en el campo de la epistemología: La teoría del lenguaje tradicional sería solidaria del «racionalismo»; la lingüística moderna lo sería del «empirismo».

No discutiremos aquí estas autoconcepciones de Chomsky, pertenecientes a la conexión del estrato teórico lingüístico con el extralingüístico o filosófico. Lo que buscamos es la perspectiva gnoseológica que, al nivel en que se desarrolla nuestro análisis, podría formularse como sigue: ¿En qué reside el corte radical de la teoría chomskiana con las dos metodologías anteriormente citadas?

La «gramática tradicional» es tachada por Chomsky de no explícita. Este defecto, empero, de que adolece la gramática tradicional se debe, según Chomsky, no a una cuestión de principio o de metodología, tal como ocurre con la gramática «estructural» o «moderna», sino a una cuestión técnica (2). La falta de técnicas apropiadas configuró los estudios de la Lingüística tradicional en un sentido muy diferente al seguido por la Lingüística actual.

Esto es un hecho indicutible y apoya uno de nuestros presupuestos gnoseológicos según el cual las ciencias proceden de técnicas y actividades gremiales. En este contexto, la teoría lingüística de Chomsky se nos presenta como una reflexivización desde la perspectiva lingüística de las técnicas desarrolladas en los últimos años dentro del campo de la Lógica Formal y de la construcción de

(2) Conferencia *Aspectos de la teoría de la sintaxis*. Trad. C. P. Otero, Aguilar, Madrid, 1970, p. 9: «La razón fundamental de esta defectuosidad de la gramática tradicional es una razón más técnica. Aunque se comprendía perfectamente que los procesos lingüísticos son, en cierto sentido, 'creativos', se careció hasta hace muy poco de los medios técnicos para expresar un sistema de procesos recursivos».

ordenadores electrónicos, tal como hemos puesto de manifiesto en otro trabajo (3). En este sentido, Chomsky contraponen, y con razón, su gramática a la teoría lingüística tradicional.

Pero la Gramática Generativa se opone asimismo a la llamada Lingüística «moderna» o «estructural». La oposición a esta teoría moderna no se debe ahora a cuestiones técnicas, sino que es, antes bien, una cuestión de principio. Ahora bien, la incapacidad de principio que Chomsky señala en esta teoría lingüística moderna se debe a varias razones. Estas van siendo expuestas por Chomsky para criticar ese fantasma de «teoría lingüística moderna», que lleva en su seno, tanto el estructuralismo de Saussure, como la glosemática de Hjelmslev, el distribucionalismo de Bloomfield y Harris, etc., o mejor, como lo describe un chomskista: «Por lingüística moderna entiende Chomsky la que se inicia con el *Curso* (1916) de Saussure... La lingüística empiricista, descriptivista, taxonómica o 'estructural' (irónicamente, de ahí mis comillas) es, en general, la lingüística moderna prechomskiana...» (4).

Harto difícil resulta, muchas veces, localizar en la crítica de Chomsky a esta lingüística «estructuralista-empiricista-taxonómica» qué parte del fantasma se está atacando. Las acusaciones de Chomsky a los teóricos de la Lingüística son estereotipadas, imposibles de aplicar a ningún autor con afectividad alguna.

Acusar, si más, al estructuralismo de puramente taxonómico y descriptivo (5) es, si no mala fe, pura caracterización superficial. Superficialidad que pasma, aún más, cuando se repite machaconamente en todos los chomskistas, y cuyo supuesto admiten siempre como punto de partida.

En Lingüística se suele presentar como modelo radical de descriptivismo el presentado por Bloomfield. Por su nominalismo, se opone Bloomfield a toda hipótesis sobre los «universales» en el lenguaje; por consiguiente, recela metodológicamente ante el uso de conceptos o categorías generales aplicados a varios lenguajes (fonema, morfema, sujeto-predicado, etc.). Ahora bien, que Bloomfield exija limitarse a describir los fenómenos lingüísticos no implica que afectivamente su método sea meramente descriptivo. El método distribucionalista de Bloomfield y Harris no procede según el descriptivismo, sino que se mantiene claramente en la línea del constructivismo. El concepto de «corpus» en cuanto conjunto de enunciados emitido por los usuarios de una lengua dada delimita el campo material de la Lingüística. Las unidades de este campo resultan ser empíricas, pero que reaparecen reconstruidas mediante la ciencia lingüística. Porque los verdaderos términos o configuraciones serían los «segmentos» (unidades de los enunciados). Cada segmento *b* de un enunciado *E* se puede considerar como una «expansión» de otro *c* de *E'*, si *E'* pertenece al corpus y *c* no es más complejo que *b* y cuando la sustitución de *b* por *c* en

*E* produce otro enunciado *E''* del corpus. Se dice, entonces, que *b* y *c* tienen el mismo contorno. Y el conjunto de contornos en que se encuentra una unidad es su «distribución» (6).

El distribucionalismo americano no es, pues, un mero descriptivismo, sino que efectivamente su método se aproxima más a un constructivismo. De modo análogo, esta misma acusación lanzada por Chomsky contra la glosemática (7) no tiene fundamento sólido y en modo alguno es compatible con el sistematismo, exactitud y generalización exigidos por Hjelmslev a toda ciencia.

Para Hjelmslev, una teoría lingüística habrá de perseguir una *constancia* que no se apoye en ninguna «realidad» exterior al lenguaje; método éste opuesto al empleado en el campo de las humanidades, donde «habrá de emplearse la mera descripción que estaría más próxima a la poesía que a una ciencia exacta (8). La cita que Chomsky hace de Hjelmslev (9) se refiere al método, no a la teoría lingüística, como Chomsky propone. Se refiere Hjelmslev en ese pasaje a la perspectiva del análisis, al *regressus*, que exige inmediatamente el *progressus*, la composición de la estructura (el sistema), aplicable luego a los fenómenos que la rodean (10). El objetivo de la teoría lingüística no se puede reducir a una mera descripción de los hechos y a una pura taxonomía de los datos del corpus. El carácter sistemático y general de la teoría exige que está nos posibilite la comprensión, no sólo de un texto dado, sino también de todos los demás textos y, no sólo de todos los dados, sino también de todos los textos concebibles o posibles de una lengua en tanto sean de la misma clase. La teoría emplea el corpus, no para limitarse a la descripción de los datos presentes, sino para extraer un conocimiento del sistema o lengua y «con cuya ayuda podamos construir nuevos textos» (11).

Resulta inexplicable intentar sostener que una tal teoría se limita a la «pura taxonomía» de los datos, siendo así que a ésta se le exige «cubrir textos que todavía no han adquirido realidad» (12). Antes bien, el intento de Hjelmslev de no limitarse a un mero descriptivismo, sino de acogerse a lo que denominamos un constructivismo, queda de manifiesto en la apleación al principio saussureano de «oposición» en su vertiente negativa como principio de análisis. Dado un campo material de términos, por ejemplo, un texto, lo importante no es la división en partes y éstas, a su vez, en otras partes (acusación de Chomsky), sino las reglas según las cuales esas partes se pueden combinar. Las unidades lingüísticas quedan reconstruidas en cuanto son «intersecciones de grupos de tales dependencias» (13).

(6) Confert O. Ducrot y T. Todorov, *Dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*, Seuil, París, 1972, p. 50.

(7) *Explanatory Models...*, ed. cit., p. 538.

(8) *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Trad. Díaz de Liaño, Gredos, Madrid, 1971, p. 19.

(9) *Explanatory Models...*, ed. cit., p. 358, nota 15.

(10) Confert *Prolegómenos...*, ed. cit., pp. 35-36.

(11) Hjelmslev, *Prolegómenos...*, ed. cit., p. 31.

(12) *Ibidem*, p. 32.

(13) *Ibidem*, p. 41.

(3) *Gnoseología de la Gramática Generativa*. Tesis de doctorado. Valencia, 1976.

(4) C. P. Otero, Anotación en *Aspectos...*, ed. cit., p. 5.

(5) «Explanatory Models in Linguistics» en Nagel-Suppes-Tarski (Comp.), *Logic, Methodology and Philosophy of Science*, Stanford Univ. Press, California, 1962, pp. 538.

No podemos seguir ahora tratando las diversas teorías lingüísticas modernas ni en número ni en profundidad. Frecuentemente se suele presentar la diferencia entre la gramática estructural y la generativa como la diferencia existente entre el nivel clasificatorio, «taxonómico» y el nivel generativo, «combinatorio». Tal es la concepción de Chomsky; «El problema metodológico de la teoría lingüística [americana] ha consistido en proporcionar los criterios generales para llevar a cabo estas clasificaciones [fonema, morfema, constituyente]... Una gramática lingüística de un lenguaje particular es, en esta perspectiva, un inventario de elementos y la lingüística es considerada como una ciencia clasificatoria» (14).

Esta interpretación es comunmente defendida también por los metodólogos. Los tres modelos de gramática descritos por Chomsky (15) son puestos en correspondencia punto por punto con las tres secciones del eje sintáctico —términos, relaciones y operaciones— por Apostel (16): La gramática de «estados finitos» (cadenas de Markov) es predominantemente *relacional*. El segundo modelo (gramática de «constituyentes inmediatos») está dominado por la noción de *clase*. En cuanto a la gramática transformativa (tercer modelo), «lógica y psicológicamente no es ni clasificatoria ni relacional, sino operacional» (17).

Esta contraposición de la gramática generativa a la estructural resulta gnoseológicamente incorrecta. La clasificación es un *modus sciendi*, una determinación de las operaciones gnoseológicas. Las clasificaciones, en cuanto *modi sciendi*, vienen constituídas por aquellos procedimientos de construcción gnoseológica por medio de los cuales a partir de configuraciones dadas obtenemos otras configuraciones que pertenecen al campo de las primeras. En el distribucionalismo, a partir de unos «segmentos» llegamos a otros que también pertenecen al «corpus». En el generativismo, a partir de «frases gramaticales» llegamos a otras que también son «gramaticales».

Pero el concepto de «clasificación» es complejo —cubre tanto las divisiones como las tipificaciones— y supone la aplicación de una o varias operaciones, por ejemplo, cuando clasificamos las partes de una lengua según el modo de las tipificaciones distributivas —tipológicas— obtenemos «paradigmas», en tanto que, cuando clasificamos esas partes mediante tipificaciones atributivas —agrupamientos— obtenemos «sintagmas». Además, la clasificación como *modus sciendi* de las ciencias cobra aún mayor importancia si tenemos en cuenta la tesis según la cual la cuantificación y la medida van ordenadas precisamente a la clasificación (18). Cuantificar la frecuencia de un sonido y medir la amplitud del mismo mediante el so-

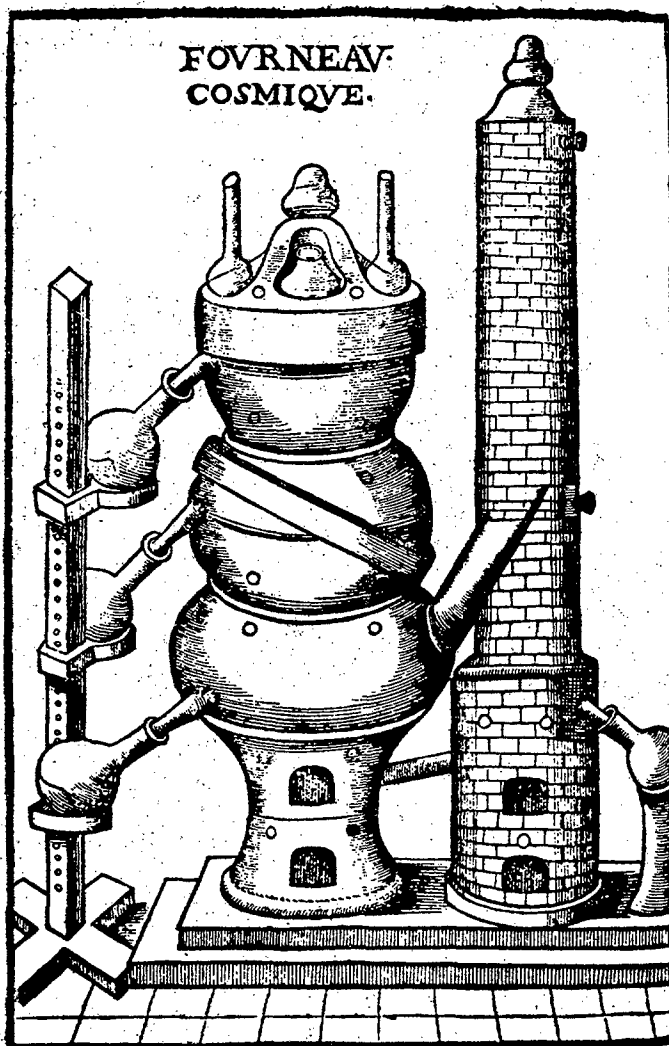
(14) «A transformational Approach to Syntax» en Fodor y Katz (Comp.) *The Structure of Language*. Englewood Cliffs, Prentice-Hall, N.J. 1964, p. 212.

(15) Confert, *Tres modelos para la descripción de la lengua y Syntactic structures*.

(16) «Epistemologie de la Linguistique» en *Logique et connaissance scientifique*, Enc. de la Pléiade, vol. XXII, Gallimard, 1967, pp. 1056-1096.

(17) *Ibidem*, p. 1062.

(18) Confert, Gustavo Bueno, *Ensayos materialistas*, Taurus, Madrid, 1972, p. 311 y ss.



nógrafo tiene sentido en tanto se nos manifiestan diferentes clases de timbres y de intensidad respectivamente, y en conjunto la clasificación de los sonidos desde el punto de vista físico o acústico. Según esto, la clasificación se nos aparece como uno de los principales procedimientos operativos que contribuyen en gran medida al cierre gnoseológico de las configuraciones. De ahí lo poco que nos dicen Chomsky y sus seguidores cuando acusan de «clasificatoria» a la gramática no chomskiana. Nuestro propósito es situar la diferencia entre la Gramática Generativa y las estructuralistas, no en el eje sintáctico, sino en el semántico —plano fiscalista, fenomenológico y esencial.

La razón de principio, según Chomsky, que produce el corte radical entre su teoría y la «estructuralista-moderna» consiste en que ésta última no explica el hecho fundamental del lenguaje humano: El hecho central con el que tiene que enfrentarse una teoría lingüística es el siguiente: un hablante maduro puede producir frases nuevas de su lengua nunca antes oídas y puede entender frases que también son nuevas para él. Asimismo, nuestro hablante maduro es capaz de identificar las oraciones derivadas o de darles una interpretación. Este «aspecto creativo del lenguaje» es su característica esencial, cosa que han olvidado los enfoques, estructuralista y conductista, en los que se supone el lenguaje como una estructura formada por hábitos o como una red de conexiones asociativas.

Pero el individuo que ha adquirido el conocimiento de una lengua puede construir un número infinito de oraciones nuevas de dicha lengua. El objetivo propio de la Lingüística es dar cuenta de ese conocimiento interno que el hablante - oyente posee de su lengua: su *competencia lingüística*.

Una gramática será, pues, explicativa cuando se ponga como objetivo, no el texto y los procedimientos de su clasificación y segmentación, sino explicar cómo cada ser humano normal ha desarrollado su competencia en su lengua nativa; es decir, una gramática ha de dar cuenta de la *intuición lingüística* del hablante nativo.

Aquí se sitúa el corte radical, según Chomsky, entre su teoría y las teorías lingüísticas anteriores modernas. Nosotros encuadramos este hecho dentro de nuestras coordenadas gnoseológicas como el intento por parte de Chomsky de pasar del plano fisicalista al plano fenomenológico dentro del eje semántico.

La intención de Chomsky de no reducir el campo de la lingüística al plano fisicalista queda de manifiesto en sus continuos ataques a los enfoques que se circunscriben a los hechos observables: textos, estímulos físicos, etc.

Que el concepto de «competencia» es un concepto fenomenológico queda de manifiesto por el hecho de que con él se refiere Chomsky, no a la representación individual que un sujeto particular tiene de su lengua, sino que representa el saber de un hablante - oyente *ideal*: «El término técnico 'competencia' designa la capacidad del hablante - oyente idealizado» (19). Ese «saber intuitivo» que los hablantes poseen con respecto a los enunciados de su lengua es un fenómeno, en cuanto que lo que conoce el sujeto. Si no es aquello que se le aparece a él, a su subjetividad (representación subjetiva), cuanto aquello que conoce como apareciéndose necesariamente (representación objetiva) a los demás sujetos que dominan esa lengua, y eventualmente al propio lingüista.

En el campo de la Lingüística, Chomsky exige abandonar la ambición distribucionalista de establecer procedimientos mecánicos para la elaboración de gramáticas a partir del «corpus» (plano fisicalista) y representar en la gramática el saber intuitivo de los hablantes de una lengua. Ese saber es una gramática: un conjunto de reglas que posee el individuo, no en cuanto saber subjetivo, sino en cuanto «competente» de su lengua; en cuanto que ese saber intuitivo es el mismo —la misma gramática— para el sujeto S<sub>1</sub> que para el sujeto S<sub>2</sub>. Ese saber viene mediado por un grupo de sujetos —la comunidad lingüística— y, en cuanto tal, es un saber de un determinado grupo. La gramática que da cuenta de esa competencia intrínseca del hablante nativo idealizado es observacionalmente adecuada, ya que da cuenta de la ambigüedad entre oraciones, o de sí dos oraciones son consideradas sintácticamente próximas.

Lo que sabe el hablante competente de una lengua es una gramática generativa, a saber, un conjunto de reglas que especifican el conjunto infinito de oraciones bien for-

(19) Chomsky, *La naturaleza formal del lenguaje*, en Gracia, F., (Comp.), *Presentación del lenguaje*, Taurus, Madrid, 1972, p. 276.

madadas y asigna a cada una de ellas una o más descripciones estructurales (20). No es este, sin embargo, el proceso seguido por el hablante a la hora de producir una oración, porque ello supondría confundir *competencia* con *actuación*. La competencia ha de ser bien diferenciada de la actuación. En la práctica, la competencia se refleja en la actuación, pero indirectamente. La actuación comprende las manifestaciones lingüísticas reales del hablante, de las que entran a formar parte como factores, no sólo la competencia, sino también otros factores, como limitación de memoria, distracciones, etc. De modo que el hablante, al producir oraciones, no pasa consciente ni inconscientemente por el proceso de aplicar las reglas de la gramática. Pero Chomsky afirma, por otra parte, que el hablante ha internalizado las reglas de una gramática generativa, que expresan su competencia, más ¿cuál es exactamente ese conjunto de reglas que el hablante internaliza? (21). Está claro que una gramática generativa puede ser considerada como una construcción matemática, en el sentido de que tales y tales reglas son suficientes para generar tales y tales oraciones, pero ¿cómo pasar a una formulación psicológica (la gramática internalizada del hablante)? La respuesta más sencilla es la que nos proporciona Searle: «Para Chomsky, el hombre es esencialmente un animal sintáctico» (22). La estructura de su cerebro determina la estructura de sus sintaxis. Explicar la sintaxis es explicar la estructura mental de los que hablan, y recíprocamente. De ahí que para Chomsky «no hay ningún problema lógico» (23) en pasar de un plano a otro.

Los críticos, por su parte, han insistido en que el modelo chomskiano de la competencia no es un modelo de la capacidad del hablante - oyente nativo para usar su lengua adecuadamente, tanto en la ejecución como en la interpretación. Si la competencia posee realidad psicológica, ha de explicarse el paso o la correspondencia entre la competencia, en cuanto saber intuitivo, y la competencia, en cuanto «gramática generativa» (conjunto de reglas que el hablante ha interiorizado). ¿Qué tipo de saber es la competencia?. Tropezamos aquí con el problema de precisar los conceptos «tener interiorizada una gramática» y «saber implícitamente una gramática», problema éste que ha ocasionado a Chomsky gran número de polémicas, especialmente con Harman (24), sin que hasta el momento parezca útil seguir definiendo y contradefiniendo verbalmente «competencia» para establecer su estatuto gnoseológico. De mayor utilidad nos será considerar, no las definiciones de «competencia» o «actuación», sino las funciones que la dicotomía «competencia/actuación» desempeña en la teoría chomskiana. Dicotomía que recuer-

(20) Confert, *Aspectos...* ed. cit., p. 10.

(21) «Una de las principales dificultades de la teoría de Chomsky —dice Searle— es que nunca se ha dado una respuesta clara y precisa a la cuestión de cómo exactamente se supone que la explicación del gramático sobre la construcción de las oraciones representa la capacidad del hablante para hablar y comprender oraciones y en qué sentido preciso de 'conocer' se supone que el hablante conoce las reglas de la gramática» (J. Searle, *La revolución de Chomsky en Lingüística*. Trad. C. Manzano, Anagrama, Barcelona, 1973, p. 25-26.

(22) *Ibidem*, p. 35.

(23) Confert, «Problemas de explicación lingüística» en Berger-Cioffi (Comp.) *La explicación en las ciencias de la conducta*. Trad. D. Quesada, Alianza, Madrid, 1974, p. 317.

(24) Confert, Hook. S., *Language and Philosophy*, New York Univ. Press, 1971, pp. 143-159.



da inevitablemente la dicotomía «lengua/habla» de Saussure. El mismo Chomsky plantea la comparación de su distinción con la de Saussure: «La distinción que aquí señalo [entre competencia y actuación] está relacionada con la distinción *langue/parole* de Saussure, pero es preciso rechazar su concepto de *langue* como mero inventario sistemático de unidades y más bien volver a la concepción de Humboldt de la competencia subyacente como un sistema de procesos generativos (25).

Tal es la autoconcepción de Chomsky sobre su distinción en relación con la Saussure, pero podemos estrechar aún más las conexiones entre ambas distinciones. Frente a la concepción historicista reducida exclusivamente al estudio del cambio lingüístico, a la acción del individuo, al *habla*, Saussure considera la *lengua* como el «único y verdadero objeto de la lingüística» (26). El lenguaje es considerado a través de las relaciones entre las unidades lingüísticas. Las unidades lingüísticas no son los sonidos o los significados, sino sus relaciones. Estas relaciones constituyen el sistema de una lengua y este sistema interno constituye el objetivo esencial para el estudio del lenguaje. Es la concepción de la *Lengua* en cuanto un sistema, en cuanto mecanismo interno (red de relaciones sintagmáticas y paradigmáticas), la que parece ser mantenida a lo largo del *Curso* (27). Tal es método estructural, y, en tal sentido, Chomsky sería «estructuralista» cuando sostiene que «una gramática generativa representa la información relativa a la estructura de la frase» (28). Sin embargo, «en dos puntos —dicen Chomsky y Miller (29)— nos separamos de una concepción estrictamente saussureana. En primer lugar, nosotros no decimos nada del aspecto semántico de la lengua... En segundo lugar, nuestra concepción de la lengua difiere de la de Saussure en un punto fundamental; en efecto, la lengua debe ser representada como un proceso generativo basado sobre reglas recur-

sivas. Parece que Saussure haya considerado esencialmente la lengua como una nomenclatura de signos almacenados (por ejemplo, de palabras, de sintagmas, fijos) con sus propiedades gramaticales e incluidos, quizá, ciertos «tipos de sintagmas». En consecuencia, ha sido incapaz de tratar seriamente cuestiones de estructura de la frase y ha llegado a la conclusión de que la formación de las frases es esencialmente un problema del habla más bien que de la lengua, es decir, un problema de creación libre y voluntaria más que una cuestión de reglas sistemáticas».

El primer punto de discrepancia señalado por Chomsky y Miller se basa exclusivamente en la autoconcepción de Chomsky y no lo considero debidamente fundamentado. Saussure trata *con* la semántica menos de lo que Chomsky cree, ya que, si nos atenemos a la concepción de la lengua como sistema de relaciones, no de significados, la semántica deviene ciencia auxiliar de la Lingüística (30). Y, en segundo lugar, Chomsky trata *con* componentes semánticos, aunque postule una teoría puramente sintáctica.

Pero el interés capital se centra en el segundo punto de discrepancia. Tendríamos que Saussure considera la lengua como un inventario fijo de unidades (palabras, sintagmas) y, en cuanto tal, se olvida del «aspecto creador» del lenguaje, puesto de manifiesto por la competencia en cuanto sistema de reglas generativas. De modo que podríamos establecer la siguiente proporción:

$$\frac{\text{Lengua}}{\text{inventario de elementos}} = \frac{\text{Competencia}}{\text{sistema de reglas}}$$

Pero esta proposición no es exacta. La lengua de Saussure no es un inventario de elementos; las verdaderas unidades lingüísticas son las relaciones, no las palabras o los sintagmas, tal como parece probar el ejemplo del aje-drez (31) y la afirmación de que «la lengua no puede ser otra cosa que un sistema de valores puros» (32) definidos negativamente por sus relaciones con los otros términos del sistema (33), de modo que «en la lengua *sólo hay diferencias sin términos positivos*» (34). Resulta, pues, difícil sostener que la lengua de Saussure es un «inventario de elementos» (35) frente a la competencia, que es un «inventario de reglas». Tampoco se puede afirmar que Saussure olvida el «aspecto creador» del lenguaje. Su concepto de «analogía» viene a demostrar cómo un hablante fabrica la forma *honor*, que no ha oído nunca, mediante la siguiente regla proporcional:

$$\frac{\text{oratore}m}{\text{orator}} = \frac{\text{honore}m}{X} \quad X = \text{honor (36)}$$

(30) Confert, Hjelmslev, *Ensayos lingüísticos*, ed. cit., p. 36.

(31) *Curso...*, ed. cit., p. 184.

(32) *Ibidem*, p. 191.

(33) *Ibidem*, p. 199.

(34) *Ibidem*, p. 203.

(35) Chomsky, «Current Issues in Linguistic Theory» en Fodor y Katz (Comp.) *The Structure of Language*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, New Jersey, 1964, p. 60.

(36) *Curso...*, ed. cit., p. 266.

(25) *Aspectos...*, ed. cit., p. 6.

(26) *Curso...*, ed. cit., p. 364.

(27) Confert, Hjelmslev, *Ensayos lingüísticos*. Trad. Elena Bombín y F. Piñero, Gredos, Madrid, 1972, p. 97-98.

(28) *L'analyse formelle des Langues naturelles*. Trad. Franc. Richard y Ruwet. Gauthier-Villars, París, 1968, p. 61.

(29) *Ibidem*, p. 61.

Ciertamente, Saussure se apresura a señalar que «la creación resultante no puede pertenecer en un principio más que al habla; es la obra ocasional de un sujeto aislado» (37). De ahí que los generativistas sostengan que para Saussure la «creatividad» del lenguaje se da en el plano del habla, no en el de la lengua, mientras que en la gramática generativa el aspecto creador corresponde a la competencia. Pero esa interpretación se debe a seguir leyendo entre líneas. A continuación de lo expresado anteriormente, puntualiza de nuevo Saussure: «Es, pues, un error creer que el proceso generador sólo se produce en el momento en que surge la creación: los elementos ya estaban dados. Una palabra que yo improvise, como *in-decorable*, ya existe en potencia en la lengua; todos sus elementos se encuentran en sintagmas como *decor-ar*, *decor-ación*: *perdon-able*, *manej-able*, *in-contable*, *in-sensato*, etc., y su realización en el habla es un hecho insignificante en comparación con la posibilidad de formarlo» (38).

El aspecto creador del lenguaje va asociado al concepto de «analogía», fundado en «la comprensión de la relación que une las formas generatrices», las cuales «están reguladas según relaciones sintagmáticas y asociativas, y, en cuanto tales, pertenecientes a la lengua. Esto es lo que sugiere a algunos comentaristas que «según las indicaciones de Saussure, se puede afirmar que la frase es un hecho de la lengua; pienso en el capítulo de la analogía y en el pasaje explícito donde Saussure dice: 'el hecho de que un signo pueda existir es infinitamente más importante que el hecho de que ese signo exista'. Esto equivale a decir que para Saussure, como para Chomsky, el elemento decisivo es la «productividad», la «creatividad» de la lengua» (39).

Del análisis precedente resulta que tampoco es el «aspecto creador» del lenguaje humano lo que olvida la gramática estructural saussureana. La diferencia entre la distinción saussureana (lengua/habla) y la chomskiana (competencia/actuación) obedece a principios gnoseológicos más profundos. Cada una de ellas es fruto de un tipo esencial e irreductible de operaciones que en nuestras coordenadas gnoseológicas vienen determinadas a través de la distinción entre «Metodologías  $\alpha$ -operatorias y metodologías  $\beta$ -operatorias» (40).

2. Una construcción científica incluye un campo operatorio y, en consecuencia, una conciencia lógica, un sujeto gnoseológico operatorio. El análisis de los tipos de relaciones entre operaciones gnoseológicas y los campos de términos a los que se aplican permiten establecer dos situaciones características:

(1) Aquella situación en la cual un campo gnoseológico se organiza mediante la reproducción en él de las mismas operaciones que debe ejecutar el sujeto gnoseológico para organizarlo. Denominamos a este procedimiento de construcción científica Metodología  $\beta$ -operatoria.

(37) *Curso...*, ed. cit., p. 266.

(38) *Ibidem*, p. 267.

(39) Tullio de Mauro, Trad. *Curso di linguistica generale*, Bari, Loterzi, 1968, p. 21.

(40) Confert, Gustavo Bueno, «En torno al concepto de ciencias humanas. La distinción entre metodologías  $\alpha$ -operatorias y  $\beta$ -operatorias». *El Basilisco*, 2. Oviedo, 1978, pp. 12-46.

(2) Aquella situación en la cual las operaciones del campo gnoseológico se presentan como distintas de las operaciones y demás componentes del sujeto gnoseológico. denominamos a este procedimiento de construcción científica metodología  $\alpha$ -operatoria.

Las metodologías  $\alpha$ -operatorias suponen un *regressus*, que, partiendo de los fenómenos  $\beta$ -operatorios (plano fenomenológico), llegan a un plano esencial del campo en el que las operaciones gnoseológicas (el sujeto) quedan eliminadas. En la medida en que históricamente la mayor parte de las ciencias naturales y formales suponen la eliminación de todos los contenidos similares al sujeto gnoseológico (antropomorfismos, psicologismos, etc.), cabe decir que su metodología es esencialmente  $\alpha$ -operatoria.

Las metodologías  $\beta$ -operatorias, por el contrario, suponen el intento de organizar científicamente el campo gnoseológico en tanto que dicho campo reproduce las mismas operaciones que debe ejecutar el sujeto gnoseológico para organizarlo. Las metodologías  $\beta$ -operatorias, sin negar los análisis  $\alpha$ -operatorios, exigen un *progressus* a la escala antropomórfica, de modo que ahora el antropomorfismo aparece tan proporcionado y obligatorio como inadmisibles y rechazables en los campos  $\alpha$ -operatorios.

La dualidad Generativismo/estructuralismo (Chomsky/Saussure), puede ser reexpuesta ahora como resultado de considerar el lenguaje, bien desde una perspectiva  $\beta$ -operatoria, bien desde una perspectiva  $\alpha$ -operatoria.

Cada una de las distinciones —lengua/habla; competencia/actuación— es fruto de un tipo esencial e irreductible de operaciones. El «aspecto creador» del lenguaje aparece en ambas distinciones, pero mediante operaciones distintas. En el caso de la distinción saussureana, la operación del individuo en acto del habla (plano  $\beta$ -operatorio) aparece como un fenómeno, y dicha operación desaparece en cuanto tal al pasar al plano esencial, al plano de la lengua, que constituye el campo específico de la ciencia lingüística. La operación «analogía» es una operación esencial, supraindividual e independiente de su empleo por el hablante. Saussure estaría propugnando una metodología  $\alpha$  en el tratamiento del lenguaje al reducir a la condición de puro fenómeno al sujeto que habla. Los procesos del habla son reducidos a la lengua, en cuanto





campo estructurado de esquemas y paradigmas (plano esencial), reproducibles por los individuos. El plano esencial (la lengua) es el que posibilita las operaciones  $\beta$  (la acción del individuo en el acto del habla). Pero estas operaciones quedan absorbidas en la esencia (en la lengua).

En el caso de la distinción chomskiana, es el propio desarrollo de las operaciones gnoseológicas el que conduce a, el que produce, la esencia: la competencia. La competencia en cuanto campo específico de la ciencia lingüística, queda posibilitada por, y no es sino el desarrollo de, las operaciones que puede realizar el individuo o el gramático (plano fenomenológico). De donde la insistencia de Chomsky en la identidad entre las operaciones (transformaciones) empleadas por el individuo que tiene internalizado el sistema de ellas y la representación explícita de dicho sistema que constituye la tarea del lingüista.

Si la lengua de Saussure tiende a poner entre paréntesis los procesos operatorios individuales como extralingüísticos (tiende a eliminar de la Lingüística las operaciones del sujeto gnoseológico), la competencia de Chomsky aparece como una potencialidad actualizada a través de las operaciones (transformaciones) de los individuos, en tanto que éstos participan de una competencia lingüística universal.

Ambas perspectivas quedan, creo, reflejadas en el siguiente pasaje de Foucault en su debate con Chomsky: «Por lo tanto, al menos en apariencia, tengo una actitud a propósito de la creatividad completamente distinta de la del señor Chomsky, porque para mí se trata de borrar el dilema del sujeto cognoscente, mientras que para él se trata de permitir que el dilema del sujeto hablante vuelva a aparecer» (41).

El «corte radical» de la Gramática Generativa con la Lingüística «estructural» debe ser reinterpretado gnoseológicamente como la ejercitación por parte de Chomsky de una metodología  $\beta$ -operatoria frente a la metodología saussureana típicamente  $\alpha$ -operatoria.

El *Curso...* de Saussure insiste en, y concluye con, que «la lingüística tiene por único y verdadero objeto la lengua», entendida ésta, en explicación de Hjelmslev (42), como una trama de dependencias o de funciones que no se deja reducir a la conducta verbal (al habla). Cabe a Saussure el mérito de señalar, aún cuando no haya sido el primero en hacerlo, que el lenguaje no se reduce a la suma de las acciones individuales, sino que constituye una estructura objetiva supraindividual que sigue leyes suprap psicológicas y que es la que posibilita precisamente el desarrollo y ejercicio de los actos lingüísticos individuales.

Desde esta metodología, el sujeto operatorio (el hablante) queda reducido a la condición de puro fenómeno. El sujeto debe adaptarse a la estructura supraindividual que viene determinada cultural e históricamente. La estructura podrá estudiarse formalmente, descomponerse en sus componentes y relaciones, de ahí que este tipo de

metodologías reciban frecuentemente el calificativo de «taxonómicas», si bien es cierto, como hemos indicado antes, que en los campos  $\alpha$ -operatorios hay auténtica construcción y construcción cerrada.

La distinción de Chomsky —competencia/actuación— está trazada, en cambio, desde la perspectiva de una metodología  $\beta$ -operatoria. La competencia no constituye, como la lengua, un sistema actual que desborda las operaciones  $\beta$  (del hablante) y establece la pauta esencial, sino que consiste, más bien, en una virtualidad abstracta porfiriana, por cuanto que todos los hablantes participan distributivamente de la competencia lingüística universal. La competencia es una gramática generativa en cuanto sistema de operaciones hechas explícitas por el gramático, pero que Chomsky atribuye a los propios hablantes que tienen internalizado dicho sistema. En efecto, «podemos usar la expresión 'gramática de una lengua' ambiguamente, para referirnos, no sólo al conocimiento internalizado y subconsciente del hablante, sino también a la representación de este sistema internalizado e intuitivo de reglas por parte del lingüista» (43).

La metodología de la Gramática Generativa propugna, según esto, identificar las operaciones del campo lingüístico (las transformaciones gramaticales) con las operaciones del gramático (sujeto gnoseológico) y, a su vez, con las del hablante, en tanto que éste se convierte en gramático.

Si la lengua de Saussure tiende a suprimir los fenómenos, absorbidos en la esencia, la competencia de Chomsky tiende a disolver las esencias en los fenómenos. En la Gramática Generativa el lenguaje no es algo al margen de los fenómenos lingüísticos, sino que es el mismo saber intuitivo del hablante. Ese saber es una gramática, un conjunto de reglas que pone el individuo en cuanto «competente» de su lengua.

3. La distinción entre metodologías  $\alpha$  y metodologías  $\beta$  permite, pensamos, dar cuenta gnoseológicamente de la oposición entre la gramática estructural y la gramática generativa. El contexto histórico —cultural en el que Saussure y Chomsky las han desarrollado —cuando la Lingüística había adquirido el estatuto de ciencia— puede hacer pensar que son estos dos gramáticos los instauradores de estas perspectivas en Lingüística. Por ello, vamos a señalar algunas dicotomías que han ido marcando el proceso de constitución de la ciencia lingüística y que exigen una reinterpretación desde la distinción entre metodologías  $\alpha$  y metodologías  $\beta$ .

Difícil resulta rastrear históricamente los diversos enfoques del lenguaje sin tropezar con las aportaciones de los investigadores griegos. Por lo que respecta a nuestro tema, la distinción entre metodologías  $\alpha$  y metodología  $\beta$  sirve para reexponer gnoseológicamente la discusión entre analogistas y anomalistas. Esta discusión gira en torno al sistematismo del lenguaje y se cruza con otra sobre el origen y naturaleza del lenguaje que dividía a los investigadores en naturalistas y convencionalistas. Así, mien-

(41) N. Chomsky y M. Foucault, *La naturaleza humana, ¿justicia o poder?*. Trad. Ana Sánchez, Cuadernos Teorema, Valencia, 1976, p. 28.

(42) *Ensayos lingüísticos*, ed. cit., p. 92.

(43) N. Chomsky, «La lengua y la mente» en Contrera, H. (Comp.), *Los fundamentos de la gramática transformacional*, S. XXI, México, 1971, p. 197.

tras que Platón es analogista y naturalista, Antístenes es convencionalista y anomalista. Aristóteles es analogista y convencionalista, frente a los estoicos que son anomalistas y naturalistas. La oposición analogismo/anomalismo se plantea ante el problema de si, admitido que la lengua griega posee un sistematismo, éste es racional o lógico, o tiene otra estructura, por ejemplo, patética.

Los analogistas, con Aristóteles a la cabeza, defendían que el lenguaje no se producía al azar, sino que obedecía a un sistematismo interno de tipo analógico. La relación analógica supone el lenguaje como un campo de términos estructurado en un plano  $\alpha$ -operatorio, esto es, un sistema en el que cada elemento viene definido por las relaciones con los demás. La construcción gramatical tiene lugar mediante paradigmas analógicos que sirven de pauta a las operaciones efectivas de los hablantes.

Los paradigmas analógicos que rigen las construcciones lingüísticas se fundan en una relación matemática: la igualdad entre dos razones (proporción). «Por relación de analogía —dice Aristóteles (44)— entiendo todos los casos en donde el segundo término es al primero como el cuarto al tercero, lo que permitirá al poeta emplear el cuarto en lugar del segundo y el segundo en lugar del cuarto». Así, dada la proporción:

$$\frac{\text{Dionisos}}{\text{Copa}} = \frac{\text{Ares}}{\text{Escudo}}$$

se puede despejar uno de los términos y decir que la copa es «el escudo de Dionisos», o bien, que el escudo es «la copa de Ares», procedimiento éste mediante el cual se transfiere a un objeto el nombre que designa otro objeto (figura metafórica).

El paradigma analógico es una figura compleja y sintética, resultante de varias operaciones y relaciones entre los elementos componentes. Las relaciones verticales —Dionisos/Copa; Ares/Escudo— son relaciones de contigüidad, en tanto que las horizontales —Dionisos/Ares; Copa/Escudo— son relaciones de semejanza. Exige, además, la «superposición» de dos campos semánticos mediante la identidad de dos «semas» y la sustitución de uno de los términos por el otro, ya que sin ésta última operación obtendríamos una «comparación», no una metáfora. La auténtica metáfora es para Aristóteles precisamente la metáfora por analogía, entendida siempre ésta como «analogía de proporcionalidad», sin que aparezca en su obra la otra especie distinguida por los escolásticos: «analogía de atribución» (45).

La proporcionalidad aparece, entonces, como el principio y guía en el razonamiento y en la conducta lingüística. El silogismo aristotélico tiene su origen y fundamento en la teoría de las proporciones de Eudoxo (46). Las premisas, en las diversas figuras, serían análogas a las propor-

ciones, de ahí que la silogística aristotélica aparezca como un conjunto de «tesis lógicas», dadas en un plano  $\alpha$ -operatorio, y por las que se deben regir los razonamientos específicos. Los componentes subjetivos, no ya psicológicos, sino del sujeto gnoseológico, como los dialogismos, etc., quedan eliminados de la demostración silogística. Y aquellas figuras de demostración que incluyen la intervención del sujeto en la demostración desempeñan en la lógica de Aristóteles un papel secundario. Así, la refutación ( $\epsilon\lambda\epsilon\gamma\chi\omicron\varsigma$ ), es dudoso si llega a constituir silogismo (47), y la prueba por «exposición de individuos» ( $\epsilon\kappa\theta\epsilon\iota\varsigma$ ) sólo la emplea secundariamente como procedimiento metalógico para la justificación de algunos modos silogísticos (48).

Por lo que concierne a su teoría del lenguaje, la doctrina de la proporcionalidad está en consonancia con la tesis aristotélica que sostiene el convencionalismo en el lenguaje.

El lenguaje es definido por Aristóteles como símbolo ( $\sigma\acute{\upsilon}\mu\beta\omicron\lambda\omicron\nu$ ) en cuanto elemento lingüístico convencional. Refiriéndose al nombre ( $\delta\omicron\nu\omicron\mu\alpha$ ) dice (49) que éste es tal cuando se convierte en símbolo, y ello sucede cuando es un sonido vocal ( $\varphi\omega\nu\eta$ ) escribible ( $\gamma\rho\alpha\mu\mu\alpha\tau\acute{\omicron}\nu$ ) en contraposición a los ruidos ( $\psi\acute{\omicron}\varphi\omicron\iota$ ), como los de las bestias, que no son escribibles ( $\delta\acute{\omicron}\gamma\rho\alpha\mu\mu\alpha\tau\omicron\iota$ ). Estos últimos ciertamente son indicios, en el sentido de Peirce, porque indican algo ( $\delta\eta\lambda\omicron\upsilon\sigma\acute{\iota}$  γέ τι), pero no son símbolos. Para ser tales, han de formar parte del sistema gramatical griego, esto es, han de someterse a los esquemas analógicos. Dicho con palabras de Saussure, han de someterse a relaciones sintagmáticas (relaciones de contigüidad): contrastar en el discurso, y a relaciones paradigmáticas (relaciones de semejanza): oponerse en el sistema. El convencionalismo del símbolo reside en la posibilidad de entrar o no esos ruidos en el sistema del griego. Aristóteles —a diferencia de los estoicos que eran bilingües— propendía a contemplar dicho sistema como único. El término «bárbaro» era empleado por los griegos para designar, tanto al que no sabía hablar, el que decía «bar», «bar» (50), como al que hablaba otro idioma que el griego (51). Cuando Aristóteles defiende el sistematismo analógico del lenguaje está pensando en el griego en cuanto un estado de lengua dado en el corpus homérico y, por consiguiente, finito.

El disponer de un estado concreto de esa lengua favorece y permite la creación de modelos regulares (modelos analógicos) y describir (gramática descriptiva) o corregir (gramática prescriptiva) cualquier uso anómalo del lenguaje. De ahí que los alejandrinos, entre los que cabe destacar a Aristarco de Samotracia, dedicados a la crítica literaria (al corpus de textos griegos), fuesen los paladines

(44) *Poética*, 21, 1457 b, 16 ss.

(45) Confert, Aubenque, P., *le problème de l'être chez Aristote*, P.U.F., París, 1972, p. 202.

(46) Ross, D. *Aristóteles*, Trad. D. F. Pró, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1957, p. 54-55.

(47) *Retórica*, II, 22, 1396 b, 24.

(48) Confert, Lukasiewicz, J., *La silogística de Aristóteles*. Trad. Fernán-dez Robles. Tecnos, Madrid, 1977, pp. 57-62.

(49) *De Interpretatione*, I, 16 a, 26-29.

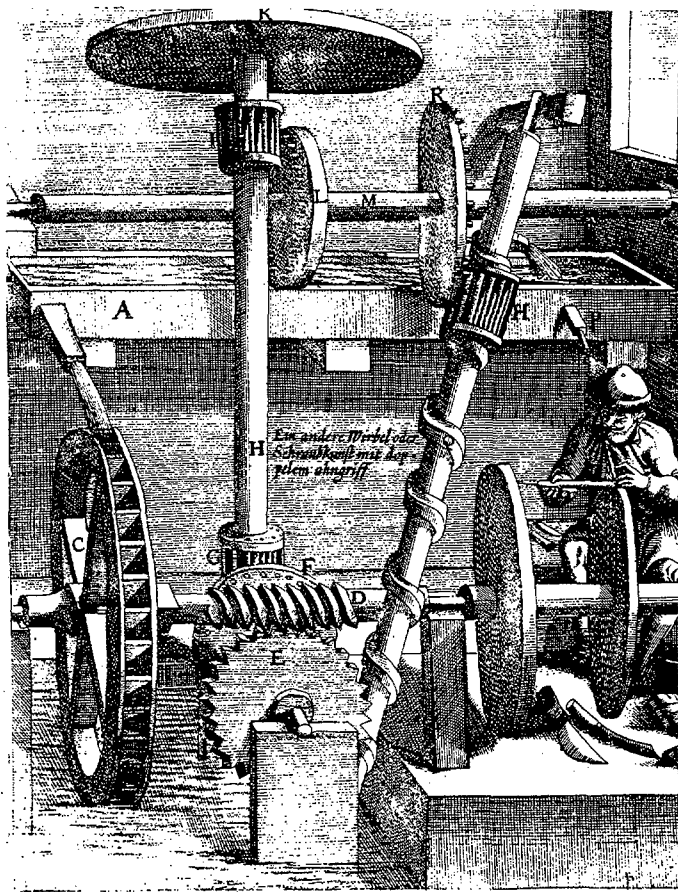
(50) Platón, Teeteto, 175 B: βαρβαριζειν significa decir cosas incomprensibles.

(51) S. Pablo, *Corintios* I, 14, 11: «Si no capto el sentido de las palabras seré bárbaro para quien me habla y éste será bárbaro para mí».



decididos del analogismo (52). Para los sabios alejandrinos eran los modelos regulares de los textos literarios del pasado los que habían de marcar la pauta de los usos lingüísticos, de las operaciones de los sujetos parlantes (plano  $\beta$ -operatorio), del mismo modo que para Saussure la misión principal de la Lingüística consiste en la construcción de modelos analógicos en el plano de la lengua y «su realización en el habla es un hecho insignificante en comparación con la posibilidad de formarlos» (53).

En segundo lugar, el aspecto finitista del lenguaje subrayado por Aristóteles tiene una incidencia directa en la relación lenguaje-realidad. El lenguaje se relaciona con las cosas, no directamente, sino a través de ese tercer reino que son las afecciones del alma ( $\pi\alpha\theta\eta\mu\alpha\tau\alpha$  τῆς ψυχῆς), que son las que guardan una relación de semejanza ( $\delta\omicron\mu\iota\omega\mu\alpha$ ) con las cosas. «Entre los nombres y las cosas no hay semejanza completa porque los nombres son limitados en número, e igualmente la pluralidad de definiciones, en tanto que las cosas son infinitas en número» (54). De donde resulta imposible una correspondencia biunívoca entre las palabras y las cosas. Y dado que las cosas se nos aparecen, no por sí mismas, sino a través del lenguaje, «es, pues, inevitable que varias cosas sean significadas por un mismo nombre» (55). La homonimia resul-



(52) Confert, Colson, F. H., «The analogist and anomalist controversy» en *Classical quarterly*, 13, 1919, pp. 24-36.

(53) *Curso...*, ed. cit., p. 267.

(54) *Refutaciones sofísticas*, 1, 165 a, 8-12.

(55) *Ibidem*.

ta ser, de este modo, no un simple accidente del lenguaje, sino su defecto esencial. Las unidades lingüísticas pertinentes son para Aristóteles, como para Saussure, no las oraciones o las proposiciones, sino los nombres o las palabras (56), de modo que el discurso equivale a la suma de esas unidades. La gramática es, entonces, entendida principalmente como Morfología, y por ello se explica que el analogismo sea defendido predominantemente en Morfología y no en Sintaxis. Las unidades sintácticas son, por el contrario, las oraciones, en donde los hablantes se comportan como sujetos operatorios y, en consecuencia, difícilmente puede ser eliminado el sujeto gnoseológico en el plano sintáctico. Es desde esta perspectiva como cabe interpretar la crítica que S. Agustín, siguiendo la doctrina y coincidiendo con Chomsky, hace al analogismo en Semántica: Los significados de las palabras no se dan aislados, sino que difieren según el orden en que son usados por el hablante. En el ejemplo de S. Agustín (57), «acies» varía según vaya asociado a «militum» o a «ferri» o a «oculorum»; en el ejemplo de Chomsky —«la matanza de los cazadores»— es preciso explicitar las reglas que subyacen a la oración (la estructura profunda). Y mientras que para Chomsky la gramática es un conjunto de reglas que definen si una oración «x» pertenece o no a la clase  $\alpha$  de las oraciones gramaticales, para Saussure los elementos  $x_1, x_2, x_3, \dots, x_n$  de la gramática no son las oraciones, sino símbolos más simples: palabras o morfemas (58).

Podríamos decir, en consecuencia, que las metodologías  $\alpha$  propenden a desarrollarse en el campo de la Morfología (y la Fonología), mientras que las metodologías  $\beta$  lo harían en la Sintaxis (y la Semántica). Correlativamente, el analogismo es solidario de una metodología  $\alpha$ , en tanto que el anomalismo lo es de una metodología  $\beta$ . De donde resulta, finalmente, un paralelismo entre Aristóteles y Saussure, por una parte, y entre los estoicos y Chomsky, por otra.

La concepción estoica del lenguaje difiere esencialmente (metodológicamente) de la concepción aristotélica y alejandrina. Los estoicos se acercan al lenguaje desde una perspectiva filosófica, no literaria, como los críticos alejandrinos. Y su labor consiste, no en el análisis y sistematización de un corpus lingüístico dado, sino en el análisis del lenguaje en cuanto expresión del *Logos* universal.

Si, como antes hemos apuntado, el analogismo encuentra terreno propicio en la tesis de los convencionalistas, los estoicos, defensores del anomalismo, propugnan asimismo el carácter «natural» del lenguaje, si bien en sentido distinto del que los epicúreos. Si el sonido es una imitación consciente de las propiedades de las cosas, si como dice el estoico Pseudo-Agustín «res ipsae afficiunt ut verba sentiuntur» (59), ello se debe a que los estoicos

(56) Para Aristóteles la oración, en especial la  $\delta\iota\omicron\phi\omicron\rho\nu\tau\iota\kappa\omicron\varsigma$ , pertenece, no a la Lingüística, sino a la Lógica. Saussure rechaza las oraciones como unidades lingüísticas en el *Curso...*, ed. cit., p. 183.

(57) Apud Robins, R. H., *A Short History of Linguistics*, Longman, Londres, 1967, p. 21-22.

(58) Confert, Chomsky y Miller, *L'analyse formelle des langues naturelles*, ed. cit., pp. 61-63.

(59) Apud Barth, P., *Los estoicos*. Trad. L. Recasens Siches. Rev. de Occidente, Madrid, 1930, p. 135.

fundían en el logos la palabra y la razón. El logos inmanente (ἐνδιάθτος) es el mismo que el que aparece en la palabra (προφορικὸς), y tan sólo difieren en la forma de aparecer. El lenguaje posee, pues, una estructura lógica, posee un sistematismo que no tiene por qué ser de tipo analógico. Anómalo no se opone a lógico o racional, sino a análogo. Anómalo es lo «rugoso», lo «no-lano» y, al menos entre los primeros estoicos, no indica falta de sistematismo, sino un sistematismo peculiar. La simplificación de la polémica entre analogistas y anomalistas se debe, en buena medida, a la escasez de textos y a la exposición un tanto simplista que Varrón ofrece de la misma (60).

El logos aristotélico y de los analogistas era entendido como «proporción» y, en cuanto tal, como conjunto de relaciones en un campo de términos en el que las operaciones del sujeto quedan abstraídas, de ahí que Varrón asociase la analogía a lo natural frente a lo voluntario, origen de la anomalía. Este aspecto objetivo del logos viene recogido por el «legere» latino, que Varrón explica (61) etimológicamente como estructura objetiva que se impone a la acción subjetiva: «Legere dictum quod leguntur ab oculis litterae».

Si, como piensa Aristóteles, el lenguaje se corresponde, no con las cosas, sino con el pensamiento, la analogía significa que a una palabra simple corresponde un concepto simple, y a uno compuesto, uno compuesto. En este sentido, cabría esperar que los estoicos admitiesen la analogía, «es sorprendente —dice Barth (62)— que los estoicos a pesar de los esfuerzos antes mencionados para derivar del objeto el sonido de las palabras, admitiesen, no obstante, una desigualdad entre el contenido del concepto u objeto y el de la palabra». Pero tal sorpresa se esfuma en cuanto se tiene en cuenta el carácter dinámico y creador del logos estoico. El logos σπερματικὸς lo penetra y lo modela todo en formas infinitamente variadas; es inmanente al mundo y encierra en sí mismo todas las potencias creadoras (λόγοι σπερματικοί). Estas semillas («código genético») (63), llenan toda la materia en cantidades y proporciones diversas, formando lo que podríamos llamar una «articulación matricial» (σύστασις), una sintaxis, equivalente a la συμπλοκή platónica. De donde se deduce la «simpatía de todas las cosas» (συμπαθεια τῶν ὄλων). El hombre se encuentra unido, por medio del logos, que en él actúa, al logos del universo. Los estoicos crean, así el concepto de «humanidad»: todos los hombres forman una comunidad; no hay diferencias entre griegos y bárbaros, ni entre señores y esclavos, ya que todos están unidos por el logos universal. Esta razón universal —esta competencia innata universal, que diría Chomsky— hace que, a nivel de individuos, las diferencias no sean más que convencionales (o «superficiales»), ya que en el fondo actúa el espíritu humano unificador. El hombre es un animal social (ζῷον κοινωνικόν), cuya patria es el mundo entero.

(60) Varrón presenta la analogía como el orden natural, frente a la anomalía, fruto del acto subjetivo voluntario, viéndose obligado a admitir ambas: «Utrumque sit nobis sequendum, quod in declinatione voluntaria sit anomalía, in naturali magis analogía (De lingua latina, VIII. Edic. de G. Goetz y F. Schoell. Teubner, Stuttgart, 1964, p. 131.

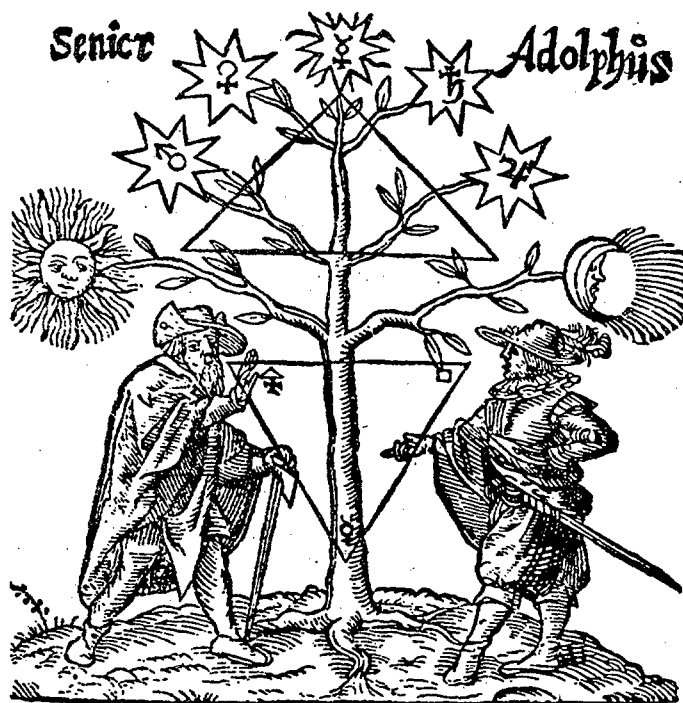
(61) De lingua latina, VI, 66.

(62) Los estoicos, ed. cit., p. 137.

De ahí la idea estoica (64) de formar una única sociedad con un único lenguaje (una gramática universal), puesto que todo es producto del mismo logos.

La «pasión judía por lo universal» de que habla Sartre (65), como medio para combatir las concepciones particularistas que hacen de los judíos seres aparte, está resonando en la idea de «hombre universal» de Zenón el fenicio y de Chomsky (judío). La Razón (el logos) no permite que haya más que una Verdad; la unicidad de la razón impide que haya una verdad helénica y una verdad bárbara; una verdad alemana y una verdad judía. Es la misma idea que mueve a Lévi-Strauss (otro judío) a investigar en el campo de la Antropología el problema de la invarianza que en ella «aparece como la forma moderna de una cuestión que siempre se plantea: el de la universalidad de la naturaleza humana» (66).

La importancia del origen racial y lingüístico de Zenón y Crisipo para la comprensión de su doctrina ha sido resaltada por Pohlenz (67). Zenón era bilingüe y desde su idioma materno, el fenicio, trata de establecer las bases de la gramática griega. Pero ahora el griego no es considerado como un corpus —el corpus homérico, por ejemplo— ni como el lenguaje. Los estoicos tienen una concepción más amplia que los analogistas de lo que es el buen griego, el ελληνισμός (68). El lenguaje no es un corpus, sino una manifestación de logos común a griegos y bárbaros: «La voz del hombre es articulada y enviada por



(63) Confer el texto de Orígenes: «dado que el generante tiene los logos de los progenitores, a veces domina el logos suyo...» Apud Elorduy, El estoicismo, I, Gredos, Madrid, 1972, p. 73.

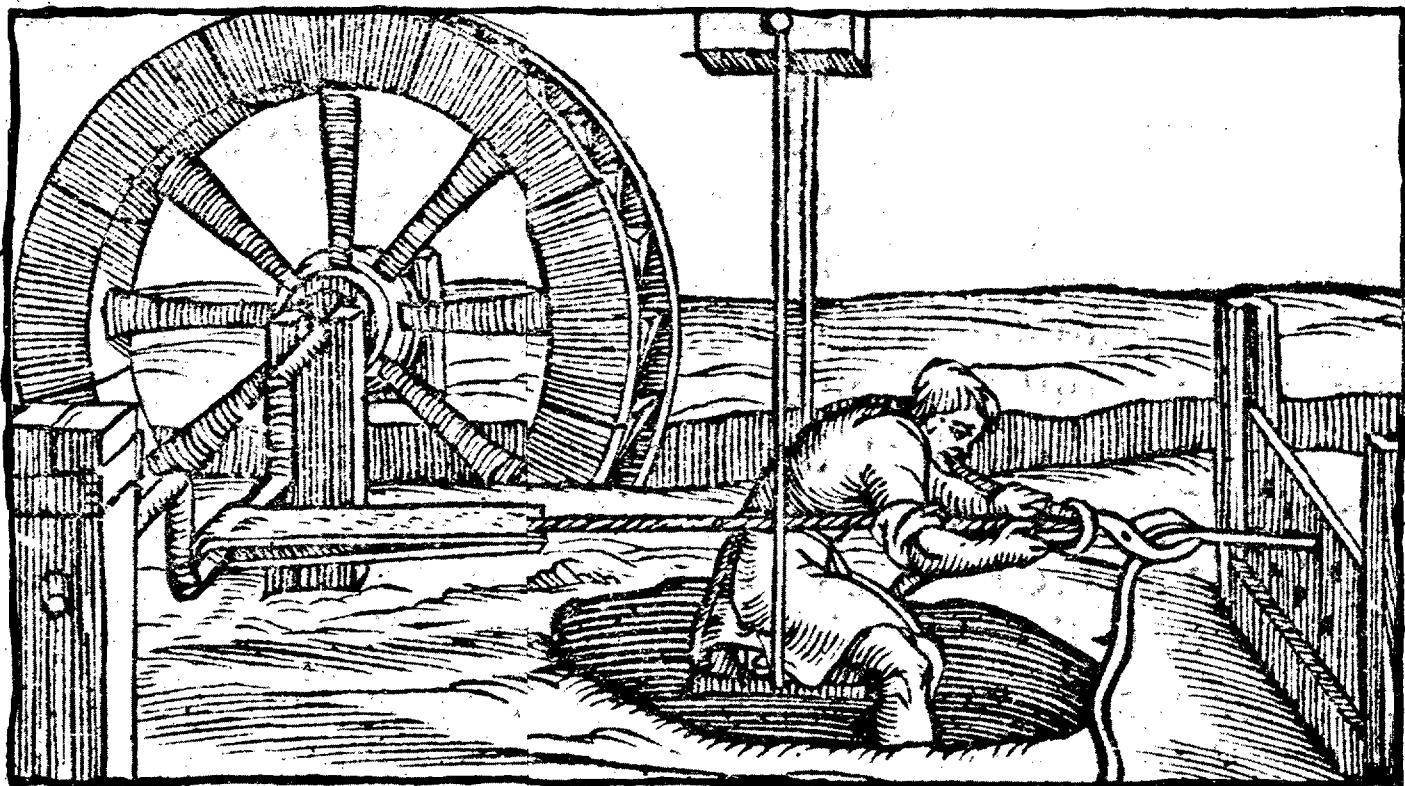
(64) Arnim, I., Stoicorum veterum fragmenta, III, 516, 10-12; III, 4.

(65) Reflexions sur la question juive, Gallimard, París, 1954, pp. 134 y ss.

(66) Leçon Inaugurale de 5 de Enero de 1960. Imp. Daupéley-Gouverneur, París, 1970, p. 35.

(67) Die Stoa, I, Vandenhoeck, Göttingen, 1964, p. 31.

(68) Diógenes Laercio, Vidas de los filósofos más ilustres, VII, 59.



la inteligencia, como dice Diógenes [de Babilonia]» (69). Esto hace que los estoicos no se hallen sujetos al sistemático analógico y queden en libertad para modificar el griego mediante la introducción de palabras antiguas u orientales, llegando, así, a «violentar» el griego y tratando de explicar a los parlantes griegos las propiedades del logos dadas en la lengua semita, como es la división de los verbos en *perfectos* («tengo visto», por ejemplo) e *infectos* («veo» o «ví», por ejemplo).

El lenguaje es expresión del logos y, por consiguiente, verdadero. Por ello los estoicos conceden tanta importancia a la etimología, por cuanto que constituye un desenvolvimiento de las palabras a través del cual se pone de manifiesto la verdad, llegando a derivar φῶς (el habla) de φῶς (luz del espíritu).

Aristóteles rechazaba el naturalismo del lenguaje porque el criterio último de verdad residía, no en el lenguaje (logos), sino en las cosas mismas (70). Los estoicos, por el contrario, eran naturalistas porque la norma última de verdad estaba en el logos. No es la οὐσία pasiva aristotélica la causa de las propiedades de los objetos, sino el logos, en cuanto principio creador de toda forma y de toda cognoscibilidad (71).

Los estoicos, como Chomsky, consideran el lenguaje como una capacidad connatural al hombre, como una facultad del pensamiento que sirve para dominar las cosas. El logos es la potencia decisiva del hombre; el Hegemonikón es el que presta asentimiento (συγκατάθεσις) a las

representaciones, de las cuales la representación comprensiva (καταληπτική) es exclusiva del ser racional y constituye un criterio seguro de verdad (72).

De modo parecido a Zenón, Chomsky trata de sustituir el sujeto empírico, pasivo y mero receptor de datos de los conductistas por el nuevo sujeto que posee un «espíritu humano», portador de valores *antes* de la experiencia. Este espíritu es «creador», pero sometido a un esquematismo «que aplica a los datos de los sentidos en su esfuerzo por organizar la experiencia y construir sistemas cognoscitivos» (73).

El aspecto activo y creador del logos estoico se manifiesta asimismo en la teoría de la anticipación (πρόληψις). La prólesis estoica es un criterio de verdad tan infalible como la representación cataléptica debido a que es fruto del logos que gobierna todas las cosas y, por eso, cuando esta razón examina o analiza en el lenguaje las relaciones entre los diversos elementos de un concepto general o afirma en un caso particular la necesidad del lazo que une el antecedente al consecuente, nos presenta la realidad misma, porque habla en nombre de, o mejor, es manifestación de, el logos universal. Lejos, pues, de los estoicos cualquier tipo de empirismo que propugne la observación constante y repetida.

El lenguaje es verdadero y la palabra representa a la cosa; los ὀνόματα son ἔτυμα; analizar el lenguaje es analizar la realidad; transformar el lenguaje es transformar la realidad. Tales son las tesis estoicas diametralmente

(69) Ibidem, VII, 55.

(70) *Categorías*, 12, 14 b, 18.

(71) Elorduy, E., *El estoicismo*, I, ed. cit., p. 262.

(72) Sexto Empírico, *Adversus mathematicos*, VII, 151; Cicerón, *De finibus*, III, 17.

(73) Chomsky, *Conocimiento y libertad*. Trad. C. P. Otero. Ariel, Barcelona, 1972, p. 67.

opuestas a las de Aristóteles. El lenguaje es para Aristóteles finito por naturaleza; para los estoicos perfectible de acuerdo con las matizaciones que le da el logos. La palabra es para Aristóteles un εἶδος inmutable; para los estoicos, relativa (πὸς ἔχοντα), cuyo perfeccionamiento es la sintaxis, arte de colocar las palabras, y que se domina cuando se sabe hablar (*loqui*). Varrón deriva «loqui» de «locus», por cuanto que quien va a hablar «dice los vocablos y las restantes palabras antes de poderlos decir en su lugar» (74).

Pero es la etimología de «sermo», mejor que la de «loqui», la que resalta el aspecto dialógico del lenguaje (la presencia del sujeto operatorio, plano β). Varrón enlaza «sermo» con el «sartum» en los vestidos (= *prendido* con alfileres, por ejemplo), con «ensartar», etc., y subraya que «sermo enim non potest in uno homine esse solo, sed ubi oratio cum altero coniuncta» (75).

El Padre Elorduy (76) presenta como dos tesis distintas la sostenida por Varrón, por una parte, según la cual, para que haya sermo hacen falta dos hablantes, y, por otra, la sostenida por Ernout - Meillet, según la cual, sermo designa etimológicamente «l'enfilade des mots»; ésta última coincidente con la de Suárez, quien distingue entre «Verbum», palabra simple, y «sermo», oración compuesta. Y coincidimos con Elorduy en la apreciación de que ambas teorías «no son incompatibles». Se exigen mutuamente, añadiríamos nosotros, desde la comprensión del lenguaje a partir de una metodología β. El lenguaje, en cuanto «sermo», exige como unidades lingüísticas las oraciones (palabras hilvanadas), porque, como ya hemos indicado, para los estoicos los significados de las palabras no se dan aislados, sino que adquieren su valor a través de la

acción del sujeto operatorio (el hablante), según que las coloque en un lugar u otro, según opere sintácticamente. El lenguaje es, ante todo, sintaxis, operaciones posibles de los individuos para componer y ensartar, «capacidad de generar oraciones», en palabras de Chomsky. Y es en la construcción de oraciones en donde el hablante se comporta como sujeto operatorio y no puede ser eliminado del campo lingüístico. La acción del sujeto gnoseológico impide considerar al lenguaje como un conjunto finito y cerrado de elementos —las palabras— y establecer una relación biunívoca entre éstos y los pensamientos o las cosas. Por el contrario, el lenguaje, en la metodología β, es una acción, una facultad que hay que coordinar con la acción del logos que informa al individuo. El logos desarrolla su acción en un proceso complejo, no según la analogía, pero sí según la razón. No es extraño que frente al esquema aristotélico (y griego, en general) de relación σημαίνον (significante) - σημαίνόμενον (significado) en el que las palabras adquieren valor en sí mismas, independientemente de su posición sintáctica, el esquema estoico, que introduce un tercer elemento, el λεκτόν, resulte chocante para un griego y difícil de explicar, máxime cuando los estoicos, corporeistas por excelencia, declaran que el λεκτόν es incorpóreo.

El concepto de λεκτόν rechina si se pretende encajar en el esquema aristotélico o saussureano —pese a la «asombrosa coincidencia terminológica con la teoría saussureana» (77)—. Pienso que la única interpretación válida del λεκτόν estoico pasa necesariamente por su inserción en una teoría del lenguaje desarrollada desde una perspectiva metodológica β-operatoria. El λεκτόν estoico exhibe ese mundo o conjunto de materialidades o relaciones suprasicológicas y supraindividuales, «creadas» o «generadas» por el lenguaje, cuando éste es entendido como producto de las operaciones (o transformaciones) de los individuos en cuanto dotados de logos (o de una competencia innata), logos común a todos y sólo los seres racionales. El λεκτόν es una de las cuatro categorías estoicas de lo incorpóreo y un elemento, junto con el vacío, activo; comprende bajo sí los objetos de la fantasía racional y es, por consiguiente, logos activo, no οὐσία (78).

Lenguaje como logos (estoicos)/lenguaje como οὐσία (Aristóteles); generativismo (Chomsky)/estructuralismo (Saussure); metodologías β/metodologías α. Tales son las correlaciones que hemos pretendido justificar en este trabajo, sin agotar, ni con mucho, las aplicaciones a la Lingüística de la distinción gnoseológica entre metodologías α y metodologías β. Nuestro inicial proyecto preveía la aplicación de dicha distinción a otras varias teorías lingüísticas, concretamente, al análisis de la gramática de Nebrija, en cuanto elaborada desde una perspectiva α (Nebrija como seguidor del método racional de Lorenzo Valla), frente a la perspectiva β adoptada por Sánchez de las Brozas en su *Minerva*. La famosa contraposición de Schleicher entre Lingüística y Filología constituiría otra interesante ilustración de nuestra distinción metodológica. Pero la importancia de tales teorías merecen un tratamiento con otro tiempo y espacio.



(74) *De lingua latina*, VI, 56.

(75) *Ibidem*.

(76) *El estoicismo*, I, ed. cit., p. 64.

(77) Arens, H., *La Lingüística*, I, Trad. J.M. Díaz-Regañón, Gredos, Madrid, 1975, p. 34.

(78) Arnim, I., *Stoicorum veterum fragmenta*, II, 182 y 187.